

Habla su biblioteca

Novedades de la Biblioteca

“Florentino Idoate”

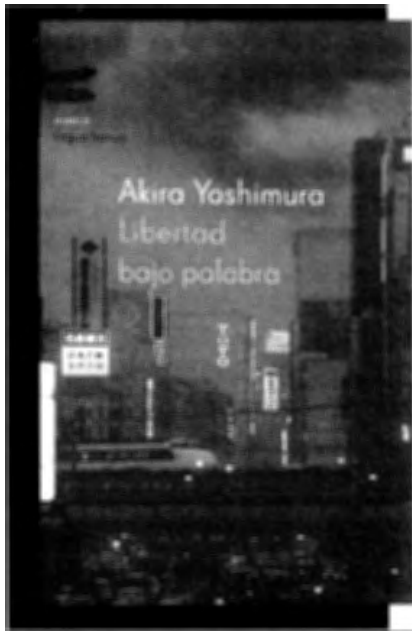
CARLOS MOLINA VELÁSQUEZ

Libertad bajo palabra

Akira Yoshimura

Barcelona, Emecé Editores, 2002,

226 pp



Difícilmente encontrará el lector otra frase que resuma mejor la historia que nos regala el maestro Yoshimura: “La ausencia de ojos humanos era un consuelo en este mar de cabezas de gallinas picoteando granos” (p. 144).

Shiro Kikutani sale de la cárcel y no sabe qué hacer con esa nueva experiencia; atrás han quedado demasiados años de vida sin libertad. Las peripecias del protagonista, que trata de insertarse en la sociedad de hombres libres que es el Japón contemporáneo, se mezclan con sus propios viajes interiores, algunos verdaderamente terroríficos. Kikutani no sabe cómo comportarse entre personajes sin culpa, mientras él tiene que cargar con la paradoja macabra de un delito al que no puede asociar un sentimiento de culpabilidad que resulte satisfactorio, de cara a la aprobación social que espera encontrar. Mató a su mujer, pero no podía no hacerlo, pues la traición de ésta y de su mejor amigo eran crímenes abominables que merecían ser castigados. Arrastrado por la furia —“la mancha roja” que le nubla la vista—, Kikutani hiere gravemente a su rival y se ensaña con la ascendencia de éste: quema la casa de su madre y a su madre. Shiro Kikutani es condenado a cadena perpetua y, después de cumplir su deuda durante un tiempo prudencial, es liberado condicionalmente.

Nos gustaría pensar que el título de esta novela, *Libertad bajo palabra*, no sólo sirve para identificar la narración, sino también para definir lo que vamos a leer. ¿Cuál es la palabra que se convierte en garantía de la libertad? ¿Cómo es ésta última? Y, más importante, ¿quién puede decir la palabra que le permitiría residir en el mundo de los limpios, lejos de presidios, hospitales y manicomios?

En primer lugar, la novela coquea con la noción de destino, mucho más de lo que podríamos imaginar algunos de nosotros, incrédulos apuradores de actos y decisiones que llamamos “nuestros”. Puede ser extraño para el occidental moderno que se ponga un énfasis desmedido en el destino como calibre moral, en medio de una sociedad de la culpa, como parece ser la japonesa. Aclarando, por supuesto, que no buscamos reducirlo a un remedo burdo del trágico Edipo, es llamativa la descripción del japonés promedio —lo prosaico del personaje nos lo sugiere— como alguien que se considera encauzado por fuerzas que no puede enfrentar o evadir. Tal vez, la fatalidad vendría a funcionar como un mecanismo de solvencia moral, al ver en la fuerza compulsiva de los acontecimientos la verdadera causa de los males morales.

La fatalidad con que Kikutani se somete a las leyes de la venganza, muestra hasta qué punto se ha convencido de la incidencia de un destino externo a sus propias decisiones y la fuerza con que éste determina sus actos. Es más, tales decisiones no

son tales, sino sólo meros accidentes, engañosas esperanzas de una cierta autonomía que siempre se encuentra más allá, demasiado lejos para ser alcanzada. Haciendo justicia, no podemos evitar recordar aquí a los que confían su vida al horóscopo o a los designios de la providencia, los cuales no son precisamente extraños a nuestra propia cultura.

Por otra parte, nos topamos con un relato en el que la libertad humana nutre con fuerza terrible todos los malos augurios de Casandra. Según un comentarista de *The New York Times Book Review*, “la precisión de Yoshimura no es más que una concentrada investigación de lo que implica la libertad, sus tensiones y sus horrores”. Es curioso que la mayor parte de la acción transcurre en la cabeza de Shiro Kikutani y en sus aprensiones. Los viajes cerebrales del protagonista desembocan casi invariablemente en algún lugar del pasado que vendría a ser un puerto seguro, de cara a los avatares de la existencia cotidiana: “La aldea de pescadores al final del camino había desaparecido y en su lugar se elevaba una ciudad de cemento. Se sintió completamente ridículo por haber hecho todo este viaje en un autobús traqueteante intentando alcanzar un lugar que sólo existía en su memoria” (p. 137).

Pero la anhelada seguridad se presenta a veces bajo el signo de lo improbable: “En la cárcel, los muros altos y los barrotes le habían proporcionado una cierta sensación de seguridad. Después de muchos años en

ese ambiente, sentía pánico cuando se encontraba en un espacio abierto sin restricciones ni límites, como el miedo de un topo expuesto de pronto a la luz del día. La casa intermedia, un sitio donde podía encerrarse y escapar de ese vacío, era casi una extensión de la cárcel. Y allí estaba Kiyoura, el hombre que lo sabía todo sobre su pasado y estaba siempre dispuesto a darle un buen consejo o una palabra de aliento. Dejarlo significaría perderse. El mejor plan era instalarse en algún sitio cercano a la casa el mayor tiempo posible, mientras se iba acostumbrando poco a poco a esta extensión vasta y sin límites conocida como sociedad; después llegaría el momento en que podría mudarse a otra parte” (p. 72).

Es como si la cárcel fuera consustancial a su propia vida y, de repente, la promesa de libertad se trastocara en una exigencia demasiado pesada, en la entrada en la mazmorra de las decisiones sin fin y de los compromisos siempre condicionados a los caprichos de los otros seres humanos. A Kikutani no le queda más que asumir el riesgo de confiar, aunque eso es justamente lo que no puede hacer. Afortunadamente, en el horizonte siempre puede contemplarse una vacua esperanza, que no tiene nada que ver con lo que tradicionalmente se hace acreedor del calificativo “esperanzador”: “Aunque se sentía completamente rodeado de los límites impuestos por la Junta de Libertad Condicional, tal como había estado en la cárcel, Kikutani podría encontrar una especie de sereni-

dad y estabilidad nacida de esos límites” (p. 154).

No es coincidencia que el funcionario encargado de su reinstalación sea un sacerdote budista, ya que la noción de estar atados a una especie de cárcel, formada por nuestros prejuicios e interesadas seguridades, es una de las fundamentales en el diagnóstico que los maestros budistas hacen de la vida del hombre común, el cual necesita ser devuelto a su verdadera naturaleza, libre de supuestos encubridores de la (dura) realidad y de automatismos culturales que nos han convertido en máquinas de hueso, sangre y pelos. Kikutani es la prueba fehaciente de lo que este automatismo podría causar si no se está suficientemente avisado.

Un tercer aspecto a tener en cuenta es el análisis de los motivos criminales presentes en nuestro protagonista, sobre todo en el papel que juegan como explicación de su ausencia de remordimientos. En una sociedad en la que las responsabilidades sociales e interpersonales son algo que se da por sentado, el asesinato de los traidores deviene lógico y admisible, ya que las faltas contra la confianza exigen una reparación. Así también, la falta de Kikutani debe ser integrada y reparada por la acción conjunta de la sociedad, que interviene activamente en su reinserción. Esto parece coincidir con la importancia de la aprobación social y el establecimiento de lazos comunitarios en una de las sociedades más globales e informatizadas que existen en la actualidad, pero que tam-

bién es de las más tradicionales, homogéneas y patriarcales. En cualquier caso, y más allá de las objeciones que se podrían oponer al derecho a tomar la venganza en sus manos, etc., se deja entrever que lo que se critica es el extremo rigor aplicado por el verdugo Kikutani, no la lógica misma de la reparación.

Efectivamente, según la narración, el sistema legal japonés toma en consideración los motivos, que parten del acto de infidelidad de la esposa, como atenuantes que libran a nuestro "héroe" de la pena capital, condenándolo a cadena perpetua. Contrastando con esto, los occidentales, aun cuando mantenemos efectiva esta lógica legal —la de las atenuantes—, no la acompañamos de un papel pre-

ponderante de las responsabilidades morales que el individuo adquiere frente a los demás miembros de la sociedad o, por lo menos, no se trata de algo que reconocemos explícitamente. Una moral social basada en los derechos de los individuos no parece la más idónea para justificar (o tolerar) la pena capital, presentándola como "reparación de una falta contra la confianza".

En absoluto estamos ante una historia con salidas fáciles ni frente a un *haiku* disfrazado de ficción. El relato de Yoshimura nos introduce en un viaje sin retorno hacia la libertad desnuda y dolorosa. Y su espeluznante final nos garantiza mucho goce y ninguna redención.